

Aspectos de la evolución del sector externo de México en 1977

En los años cincuenta y sesenta la economía mexicana creció a un ritmo promedio anual superior a 6%. El modelo adoptado, de industrialización a ultranza con base en la sustitución de importaciones y en la estabilidad cambiaria (convertida casi en un fin en sí), provocó a la postre una mayor dependencia externa e impuso la necesidad de realizar importaciones crecientes de maquinaria y materias primas. Esa modalidad de crecimiento dio muestras inequívocas de su inadecuación creciente a principios del presente decenio, tanto por la explosiva secuela de problemas sociales que trajo consigo, como por la mayor dificultad de sustituir bienes cada vez más elaborados y más complejos desde el punto de vista tecnológico. Este último fenómeno coincidió con la necesidad de mantener un elevado nivel de gasto público, con presiones inflacionarias internas y externas cada vez más fuertes y con la imposibilidad de disminuir las importaciones sin crear problemas aún más serios que los que se deseaba eliminar. Todo ello condujo, en unión de otros procesos socioeconómicos y políticos, a precipitar una crisis casi sin paralelo en el país, cuyo resultado más visible fue la devaluación del peso en agosto de 1976.

Al realizarse la modificación cambiaria se dijo que habría efectos similares a los ocurridos en otros países, que han devaluado sus respectivas monedas para aumentar su competitividad externa. Empero, es posible afirmar que todavía no se obtienen los resultados esperados. En efecto, aunque en 1977 los saldos negativos de las balanzas comercial y de cuenta corriente disminuyeron 48.6 y 41.5 por ciento, respectivamente, en comparación con el año anterior, eso puede atribuirse más al aumento de las exportaciones de petróleo y café, y a la crisis económica en su conjunto, que al aumento general de las exportaciones y a la reducción de egresos externos derivados del mayor costo de las importaciones.

La exportación de manufacturas no se expandió a la velocidad requerida, tanto por la incapacidad de respuesta de la planta productiva nacional como por la constricción de los mercados externos. Asimismo, dentro de las importaciones sólo se redujeron las de maquinaria y equipo, a causa de un gasto público reducido y una inversión privada deprimida. Finalmente, tampoco crecieron de un modo significativo los ingresos fiscales que se derivarían del supuesto aumento general de las exportaciones, ya porque éste no ocurrió, ya por el retardo en aplicar la imposición sobre ganancias excesivas.

En 1977 las exportaciones de tomate, café y petróleo representaron 39.7% del total y 71.1% del incremento registrado en las ventas externas. La exportación de manufacturas sólo creció 14.1% y en muchos otros productos hubo disminuciones importantes; las exportaciones de algodón, por ejemplo, fueron 24% inferiores a las de 1976.

Aunque también aumentaron otros ingresos en cuenta corriente (por transportes diversos -14.2%, por inversiones en el exterior -53%— y por transferencias -14.4%—), el turismo creció muy poco (3.3%) y hubo disminución de los ingresos por transacciones fronterizas (9.7%) y por servicios de transformación de las industrias maquiladoras (3.4%). En estos tres últimos casos el comportamiento observado puede explicarse por la recesión que afectó a la economía estadounidense y por el mayor poder adquisitivo del dólar en términos de pesos.

Las importaciones disminuyeron 542.1 millones de dólares (9%), aunque hubo aumentos significativos en las compras de bienes de consumo, principalmente cereales (105.8%), a causa de las bajas cosechas obtenidas. Las importaciones de materias primas se redujeron, especialmente en el caso del petróleo y sus derivados (56.1%) y de los productos siderúrgicos (28.1%), pero aumentaron las de oleaginosas y forrajes (80.8%). El resto de las materias primas y auxiliares mantuvo casi el mismo nivel de las importaciones de 1976 (-1%).

La reducción más grande en las importaciones fue la registrada en los bienes de inversión (532.5 millones de dólares), que por sí sola explica 98% de la disminución total de egresos por este concepto.

Desde otro punto de vista, las importaciones del sector público sólo disminuyeron 4.2%, mientras que las destinadas al sector privado decrecieron 11.7%. Este fenómeno puede atribuirse a que, aunque la baja en la importación de bienes de capital afectó a ambos sectores, fue el público el que importó cereales, oleaginosas y forrajes. Estas compras, al aumentar, compensaron parcialmente el descenso general.

En el renglón de los otros egresos en cuenta corriente crecieron en forma muy destacada los intereses por financiamientos al sector público (276.4 millones de dólares más que en 1976). Las utilidades remitidas por empresas con participación extranjera disminu-

CUADRO 1

*Comercio exterior de México**
(Millones de dólares)

Concepto	1976	1977 ^p	Variación	
			Absoluta	%
I. Importación total ¹	6 029.6	5 487.5	- 542.1	- 9.0
Sector público	2 154.5	2 064.6	- 89.9	- 4.2
Sector privado	3 875.1	3 422.9	- 452.2	- 11.7
Bienes de consumo	310.7	418.9	108.2	34.8
Cereales	114.5	235.6	121.1	105.8
Otros	196.2	183.3	- 12.9	- 6.6
Materias primas	2 705.7	2 509.4	- 196.3	- 7.2
Oleaginosas y forrajes	187.1	338.2	151.1	80.8
Petróleo y derivados	291.5	127.9	- 163.6	- 56.1
Productos siderúrgicos	592.7	425.9	- 166.8	- 28.1
Otras	1 634.4	1 617.4	- 17.0	- 1.0
Bienes de inversión	2 509.9	1 977.4	- 532.5	- 21.2
No especificados	503.4	581.7	78.3	15.6
II. Exportación total ²	3 315.8	4 092.9	777.1	23.4
Algodón sin cardar	240.6	182.8	- 57.8	- 24.0
Café crudo o tostado en grano	377.1	483.1	106.0	28.1
Tomate	137.5	225.5	88.0	64.0
Petróleo y derivados	557.0	915.8	358.8	39.2
Resto	2 003.6	2 285.7	282.1	14.1
III. Saldo	2 713.8	1 394.6	-1 319.2	- 48.6

* El decimal de la suma de las cantidades parciales puede no coincidir con el del total debido al redondeo.

p. Cifras preliminares.

1. Incluye zonas y perímetros libres y excluye operaciones efectuadas por las maquiladoras de las zonas y perímetros libres.

2. La exportación incluye revaluación. Se excluyen las operaciones de las empresas maquiladoras.

Fuente: Banco de México, S.A.

veron 30.4%, probablemente por la combinación de la menor actividad económica y del disminuido poder adquisitivo del peso en términos de dólares. Ese mayor costo interno de las divisas también acarreó bajas en los egresos por turismo al exterior (14.7%) y el virtual estancamiento de las transacciones fronterizas (aumento de sólo 8.4 millones de dólares).

Los movimientos en la cuenta de capital permitieron compensar el déficit en cuenta corriente y aumentar el nivel de las reservas monetarias. El endeudamiento a largo plazo del sector público aumentó 3 901.1 millones de dólares, pero a corto plazo disminuyó 949.7 millones. En términos netos, los pasivos aumentaron 2 951.4 millones, cifra que está de acuerdo con los compromisos contraídos con el Fondo Monetario Internacional. Las amortizaciones de créditos y bonos ascendieron a 2 295 millones de dólares. En resumen, los

ingresos de capital a largo plazo fueron 607.4 millones inferiores a los de 1976, de los cuales 305.9 correspondieron al sector público y 301.5 al privado. Dentro de este último sobresalen las disminuciones en los pasivos con el exterior, tanto de empresas nacionales como de aquéllas que tienen participación extranjera.

La muy importante disminución de la cuenta de errores y omisiones sugiere una baja en los movimientos especulativos —principalmente la fuga de capitales— y en el contrabando.

Como ya se apuntó, las reservas internacionales aumentaron 470.7 millones de dólares, lo cual las sitúa 137.6 millones por encima del nivel alcanzado en diciembre de 1975.

Los movimientos de capital (ingresos por 3 987.4 millones a largo plazo y egresos de 1 525.1 millones a corto plazo) permiten suponer que las presiones especulativas serán menores. Ese resultado se alcanzó por la acción conjunta de la política gubernamental de contratar empréstitos a largo plazo —para pagar en parte los compromisos inmediatos— y de crear nuevos instrumentos, como los “Depósitos o Reportos en Dólares-Créditos en Moneda Nacional”, que permiten que las empresas que deseen realizar inversiones en el país con recursos en moneda extranjera no corran riesgos cambiarios. Por su parte, las empresas privadas también reordenaron sus obligaciones, al obtener créditos a largo plazo por 86.3 millones y liquidar pasivos de corto plazo por 281.3 millones.

Por otro lado, no puede dejarse de señalar que estos movimientos en la cuenta de capital fueron posibles por la actitud asumida por la comunidad financiera internacional, deseosa de otorgar créditos sólo a aquellos países que evidencian posibilidades de pago sistemático y oportuno. La divulgación sobre el monto de las reservas probadas, probables y potenciales de petróleo y gas hizo patente la capacidad económica del país.

Para el presente año es posible esperar que se registren aumentos significativos tanto en las importaciones como en el déficit en cuenta corriente. Son varios los factores que concurrirán al logro de este pronóstico. La reactivación de la economía implicará una mayor demanda de materias primas y auxiliares de origen externo, una menor disponibilidad de excedentes exportables y remisiones crecientes al exterior por concepto de utilidades de empresas con participación extranjera y de regalías por el uso de patentes y tecnologías foráneas. El crecimiento de la inversión pública y privada, asimismo, exigirá mayores importaciones de maquinaria y equipo. Finalmente, la sequía de 1977 —que se tradujo entre otras cosas en una sensible disminución del nivel de agua en las presas— y la esperada para este año, permiten suponer que de nuevo habrá necesidad de importar cereales, forrajes y oleaginosas.

A mediano plazo, sin embargo, el panorama es diferente. Los ingresos derivados de la exportación de petróleo y gas eliminarán el actual déficit de la cuenta corriente y generarán superávit. Diversas proyecciones señalan que en 1981 ya habrá ingresos por exportación de bienes y servicios superiores a los egresos por importaciones. Se afirma que en dicho año el saldo positivo de la cuenta corriente estará entre 425 y 585 millones de dólares. De 1982 en adelante ese saldo será aún mayor.

Una situación como ésta, desconocida en el país —salvo durante el período de la segunda guerra mundial—, puede dar origen a indeseados y negativos fenómenos socioeconómicos. De no adoptarse las providencias adecuadas, la previsible abundancia de recursos financieros acaso conduzca a la festinación del gasto, al dispendio sin medida, al aumento de

CUADRO 2

Balanza de pagos de México^p
*(Millones de dólares)**

Concepto	1976	1977	Variación	
			Absoluta	%
I. Cuenta corriente	- 3 044.3	- 1 779.7	1 264.6	- 41.5
A. Ingresos	7 231.2	8 009.7	778.5	10.8
1. Exportación de mercancías	3 315.8	4 092.9	777.1	23.4
2. Servicios de transformación	520.1	502.7	- 17.4	- 3.4
3. Oro y plata no monetarios	160.3	185.3	25.0	15.6
4. Transportes diversos	189.8	216.8	27.0	14.2
5. Turismo	835.6	863.3	27.7	3.3
6. Transacciones fronterizas	1 609.7	1 453.8	- 155.9	- 9.7
7. Ingresos provenientes de inversiones	98.2	150.2	52.0	53.0
8. Otros servicios	332.0	350.7	18.7	5.6
9. Transferencias	169.7	194.1	24.4	14.4
B. Egresos (-)	10 275.6	9 789.4	- 486.2	- 4.7
1. Importación de mercancías	6 029.6	5 487.5	- 542.1	- 9.0
2. Oro no monetario	41.7	30.9	- 10.8	- 25.9
3. Transportes diversos	232.2	218.0	- 14.2	- 6.1
4. Turismo	382.9	326.7	- 56.2	- 14.7
5. Transacciones fronterizas	1 051.5	1 059.9	8.4	0.8
6. Egresos relacionados con inversiones	2 017.0	2 185.8	168.8	8.4
a) Utilidades remitidas por empresas con participación extranjera	346.1	240.8	- 105.3	- 30.4
b) Intereses por financiamientos al sector público	1 265.9	1 542.3	276.4	21.8
c) Otros intereses	404.9	402.7	- 2.2	- 0.5
7. Otros servicios	504.0	459.8	- 44.2	- 8.8
8. Transferencias	16.7	20.9	4.2	25.2
II. Cuenta de capital (neto)	5 307.8	2 462.3	- 2 845.5	- 53.6
A. Capital a largo plazo (neto)	4 594.8	3 987.4	- 607.4	- 13.2
1. Sector público (neto)	4 207.0	3 901.1	- 305.9	- 7.3
a) Disposiciones de créditos y colocaciones de bonos	5 417.9	6 232.3	814.4	15.0
b) Amortizaciones de créditos y bonos	- 1 153.4	- 2 295.0	- 1 141.6	99.0
c) Créditos concedidos al exterior (neto)	- 57.6	- 36.2	21.4	- 37.2
2. Sector privado (neto)	387.8	86.3	- 301.5	- 77.8
a) Inversiones extranjeras directas	231.3	197.5	- 33.8	- 14.6
b) Compra de empresas extranjeras	- 12.0	- 1.0	11.0	- 91.7
c) Pasivos con el exterior (neto)	222.0	- 75.3	- 297.3	n.s.
i) Empresas con participación extranjera (neto)	309.2	120.7	- 188.5	- 61.0
ii) Otras empresas (neto)	- 87.2	- 196.0	- 108.8	124.8
d) Operaciones con valores (neto)	- 53.5	- 34.9	18.6	- 34.8
B. Capital a corto plazo (neto)	713.0	- 1 525.1	- 2 238.1	n.s.
1. Pasivos	1 456.6	- 1 231.0	- 2 687.6	n.s.
Sector público	878.0	- 949.7	- 1 827.7	n.s.
Sector privado	578.6	- 281.3	- 859.9	n.s.
2. Activos	- 743.5	- 294.1	449.4	- 60.4
III. Derechos especiales de giro	- -	- -	- -	- -
IV. Errores y omisiones	- 2 596.6	- 212.0	2 384.6	- 91.8
V. Variación de la Reserva del Banco de México, S.A. (suma de I, II, III y IV) ^a	- 333.1	470.7	803.8	n.s.

p. Cifras preliminares.

* El decimal de la suma de las cantidades parciales puede no coincidir con el del total debido al redondeo.

a. Reserva computada de acuerdo con el criterio del Fondo Monetario Internacional más la plata. Las tenencias de oro están valuadas a 42.22 dólares la onza.

- - No hubo movimiento.

El signo negativo (-) significa egreso de divisas.

n.s. no tiene significado.

Fuente: Banco de México, S.A.

la corrupción y, desde luego, a mayor concentración de la riqueza y al acentuamiento de las ya muy graves desigualdades sociales. Pese al costo que pueda entrañar en un momento en que aún no se ha salido de la crisis, desde ahora es preciso iniciar y aumentar los estudios y proyectos de desarrollo socioeconómico, dirigidos no sólo a aprovechar los frutos de la bonanza que se avecina sino también a repartirlos equitativamente.

Muchas son las áreas de actividad y las regiones del país que deben ser desarrolladas de modo inaplazable. Empero, la improvisación puede ocasionar más males que los que se padecen en la actualidad.

Es poco el tiempo que queda antes de que cambie la situación externa y la disyuntiva está claramente establecida. O se inicia ya un esfuerzo sistemático y sostenido de racionalización y planificación del desarrollo del país, para así construir uno nuevo, más rico y sobre todo más justo, o en el decenio de los ochenta veremos comenzar el declive de un

CUADRO 3

*Resumen de la balanza de pagos de México** (Millones de dólares)

Concepto	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977 ^p
I. Cuenta corriente	- 726.4	- 761.5	- 1 175.4	- 2 558.1	- 3 768.9	- 3 044.3	- 1 779.7
a) Balanza comercial	- 890.6	- 1 052.6	- 1 742.9	- 3 206.7	- 3 721.6	- 2 713.8	- 1 394.6
Exportación	1 363.4	1 665.3	2 070.5	2 850.0	2 858.6	3 315.8	4 092.9
Importación	2 254.0	2 717.9	3 813.4	6 056.7	6 580.2	6 029.6	5 487.5
b) Balanza turística	288.8	342.2	466.2	507.2	400.7	452.7	536.6
c) Saldo de transacciones fronterizas	354.4	407.7	512.7	553.7	583.9	558.2	393.9
d) Saldo de otros renglones	- 479.0	- 458.8	- 411.4	- 412.3	- 1 032.1	- 1 341.5	- 1 315.6
II. Capital a largo plazo	669.1	753.5	1 676.1	2 730.8	4 339.9	4 594.8	3 987.4
a) Sector público	256.8	381.2	1 097.6	2 104.3	3 514.8	4 207.0	3 901.1
b) Sector privado	412.3	372.3	578.5	626.6	825.2	387.8	86.3
III. Derechos especiales de giro	39.6	39.2	--	--	--	--	--
IV. Errores y omisiones en cuenta corriente y en movimiento de capital (neto)	217.7	233.5	- 378.4	- 135.8	- 406.0	- 1 883.6	- 1 737.1
V. Variación de la reserva del Banco de México, S.A. (suma de I, II, III y IV)	200.0	264.7	122.3	36.9	165.1	- 333.1	470.7

* El decimal de la suma de las cantidades parciales puede no coincidir con el del total debido al redondeo.

El signo negativo (-) indica egreso de divisas.

p. Cifras provisionales.

(- -) No hubo movimiento.

Fuente: Banco de México, S.A.

conjunto de pueblos que no supieron fabricarse su propio, promisorio futuro. En ambos casos, los ejemplos del pasado y de la actualidad son evidentes.

En el inaplazable empeño de utilizar la riqueza esperada para superar las carencias seculares de los mexicanos, es el sector público el que tiene la primera palabra. La congruencia y eficacia de sus acciones, la planificación certera y adecuada de sus medios, la administración honesta y justa de los recursos de la nación, son las vías que permitirán el acceso a más elevados niveles de bienestar, de justicia y de realización individual y colectiva.□

Y el dólar sigue cayendo...

La continua depreciación de la moneda estadounidense en los mercados cambiarios del mundo causa una explicable preocupación en los círculos dirigentes de numerosos países. Se teme que ese deterioro aparentemente incontrolable de la moneda que sirve de base a las transacciones internacionales ocasione perjuicios aún mayores al desenvolvimiento de la economía mundial. La preocupación es todavía más comprensible si se tiene en cuenta que el Gobierno de Estados Unidos no parece dispuesto a sostener efectivamente el valor de su propia moneda, aunque en sus declaraciones oficiales se manifieste un tono tranquilizador que sus actos no tienen.

Tal circunstancia obliga a muchos analistas a preguntarse si el Gobierno estadounidense no se propone, precisamente, que el dólar pierda valor de manera lenta e inexorable frente a las otras monedas fuertes. En ese caso, ¿cuál es el objetivo que guía semejante estrategia?

Tanto la caída del dólar como la respuesta que intentan dar a la crisis los sectores dominantes de la economía estadounidense no pueden explicarse fuera de los marcos de esa misma crisis, que no es sólo económica, sino también social y política.

Una respuesta técnica jamás agota el significado de un problema. La explicación técnica

es más bien una respuesta admisible dentro de la lógica aceptada de un sistema. Empero, cuando el problema afecta la naturaleza del sistema o el porvenir de las fuerzas sociales que lo sustentan, la explicación no puede dejar de ser política. La economía no es más que el vehículo para realizar una voluntad política dentro de normas de conducta más o menos probadas por la experiencia y sancionadas por la lógica. La magnitud y el alcance de las perturbaciones que entraña la continua depreciación de la moneda que sirve de patrón universal de pagos debe llevar necesariamente el foco de la atención a los intereses que pueden ser afectados por la crisis económica mundial.

Las interpretaciones convencionales de la caída del dólar fallan por su base. Es indudable que la crisis del dólar en los mercados cambiarios internacionales no está exclusivamente relacionada con el crecimiento de los precios o de la oferta monetaria en Estados Unidos. El incremento de la oferta monetaria se desarrolló a un ritmo promedio de 7% anual, aproximadamente, en el decenio de los sesenta, mientras que en 1976 y 1977 ese ritmo aumentó tres puntos, hasta llegar a 10% anual. La diferencia es ciertamente importante, pero por sí sola no explica el paso de la estabilidad de aquella época al deterioro actual. Las presiones inflacionarias, estimadas en 6 o 6.5 por ciento para 1978, han sido en los últimos meses menores que en años anteriores y de ninguna manera alcanzaron los niveles de la Gran Bretaña, Francia o Italia. Dichos países, sometidos a tasas más elevadas de inflación, afianzaron la cotización de sus respectivas monedas frente a la divisa estadounidense.

El argumento de la excesiva expansión de la economía estadounidense tampoco es convincente. El crecimiento del producto interno bruto (PIB) en 1977 puede estimarse en 5% anual, mientras que la tasa prevista para el año en curso se sitúa entre 4 y 5 por ciento. Es suficientemente conocido que la tasa de expansión de la economía germana o japonesa ha sido mayor en muchos de los últimos años y, sin embargo, coincidió con un fortalecimiento de sus respectivas monedas.

El razonamiento con el que más se insiste en la actualidad para justificar el comportamiento de la moneda estadounidense es el de las crecientes importaciones de crudo que está efectuando Estados Unidos, y que se expresa en la enorme magnitud del déficit de la balanza energética: 40 000 millones de dólares, aproximadamente, en importaciones netas de petróleo en 1977. Sin embargo, la República Federal de Alemania y Japón también son grandes compradores de crudo, pero tienen saldos comerciales favorables y acumulan divisas internacionales de manera continua. Por otra parte, las primeras devaluaciones —oficiales— del dólar datan de 1971 y 1973, antes de que entraran en vigencia los grandes aumentos del precio del petróleo.

Indudablemente, las masivas importaciones estadounidenses de petróleo tienen gran influencia en el déficit de la balanza en cuenta corriente. Ese déficit puede contribuir a explicar el deterioro del dólar, aunque conviene notar que ya había aparecido antes del problema petrolero. No hay todavía datos completos sobre su magnitud en 1977 (según la OCDE, el saldo comercial negativo de ese año llegó a la cifra impresionante de 31 401 millones de dólares), pero podría reducirse considerablemente si se incluyeran en el cómputo las ganancias retenidas por las grandes empresas de esa nacionalidad en el extranjero.¹

Si el país económicamente más poderoso del mundo necesita tal magnitud de

1. Harold Rose presenta esta idea en su artículo "The dollar's weakness: a world problem", en *Barclays Review*, vol. 53, núm. 1, Londres, febrero de 1978.

importaciones petroleras, se supone que debería tener la capacidad suficiente para neutralizar esas compras por medio de grandes exportaciones, tal como sucede, en una escala más reducida, con la República Federal de Alemania y con Japón. El grave efecto de las compras de petróleo se debe a que no están suficientemente compensadas. Y la debilidad exportadora, en la primera potencia económica mundial, tampoco es un argumento decisivo, aunque su competitividad haya disminuido. Es evidente que ninguno de los factores mencionados explica por sí mismo la pérdida de valor del dólar, y que aún hay que ir más allá y admitir que la devaluación es un objetivo implícito de la política del Gobierno de Estados Unidos.²

La crisis del dólar es, a la vez, una manifestación del deterioro y de la supremacía de Estados Unidos. El deterioro ha surgido como consecuencia de la aparición de competidores cada vez más fuertes, aunque esa competencia no ha ahogado el predominio de la economía de Estados Unidos. Antes bien, el uso del dólar como moneda mundial, sin que por ello haya dejado de ser una moneda nacional, constituye una de las causas más importantes de su actual caída.

La vieja fortaleza del dólar estaba respaldada por la supremacía sin disputa de la economía estadounidense. La actual debilidad surge de una supremacía parcialmente cuestionada. En el primer caso era posible que una moneda nacional fuera, a la vez, un patrón internacional de pagos. En una situación de predominio parcialmente impugnado esa misión se torna infinitamente más difícil. Por último, su propia hegemonía ha puesto sobre las espaldas de Estados Unidos la responsabilidad de hacer frente a enormes gastos militares para defender la integridad del sistema capitalista, y esos gastos deterioraron sus costos y debilitaron su moneda.

El cuestionamiento del patrón dólar no es nuevo. Las devaluaciones oficiales, como se dijo, datan de 1971 y 1973, y señalaron, junto con la renuncia a la convertibilidad áurea, el fin del sistema de Bretton Woods, sustentado en los cambios fijos. Ya en ese momento, Estados Unidos no encontró una manera de restaurar su pasada competitividad, y ello tiene su explicación, en gran parte, en la naturaleza del capitalismo monopolístico actual. El monopolio elude la baja de precios y, en el caso de Estados Unidos, promueve importaciones alentadas por el pago de salarios más bajos en el exterior. La devaluación del dólar no alcanzó a disuadir a las empresas estadounidenses con inversiones en el exterior de la conveniencia de producir en el extranjero y exportar hacia Estados Unidos, para beneficiarse con la diferencia de salarios. Por eso la inflación coincide con tasas de ganancia comparativamente más altas en Estados Unidos. Un economista soviético, en un trabajo publicado en *The New York Times*,³ acaba de subrayar esta característica. Del mismo modo, tampoco existe manera de evitar que las corporaciones de esa nacionalidad saquen del país capitales para volcarlos al movimiento especulativo que agita los mercados cambiarios internacionales.

Es cierto que la mayor parte de dichas prácticas estuvieron siempre presentes en la economía de posguerra. Lo grave del caso es que ahora se han agudizado y se realizan, además, en medio de cierto deterioro de la posición de Estados Unidos en el concierto económico internacional. Y no sólo eso, sino que el Gobierno estadounidense parece haberse propuesto no combatir la depreciación de su moneda, porque piensa que de esa manera el país conseguirá mejorar su competitividad comparativa internacional, lo que también permitirá una mayor expansión de sus propias corporaciones.

2. Véase Anthony Harris, "The political economy of the dollar", en *The Financial Times*, Londres, 16 de febrero de 1978.

3. Véase Stanislav M. Menshikov, "A marxist look at the dollar crisis", en *The New York Times*, Nueva York, 19 de marzo de 1978.

Las transnacionales estadounidenses se han lanzado a explotar en otros países del mundo las ventajas de una mano de obra más barata, para competir mejor con las empresas europeas y japonesas. Paralelamente, el Gobierno de Estados Unidos mantiene una tasa de interés relativamente baja que, junto con una rentabilidad relativamente alta en la industria, atrae capitales extranjeros productivos al país.

Todo esto significa que en el capitalismo monopolístico contemporáneo han aparecido muchos fenómenos nuevos. Uno de ellos es que la expansión y la concentración volvieron a enfrentar al sistema con la sobreproducción o la falta de demanda y, por consiguiente, con las menores oportunidades de inversión, el desempleo estructural y la contracción de los mercados internos. En esas condiciones, la competencia ha derivado en una verdadera guerra comercial por la salvaguarda de los propios mercados internos respecto a la producción extranjera y por la conquista de los mercados mundiales. En esa guerra, que sólo se libra entre los grandes, Estados Unidos cuenta con una ventaja: puede utilizar la caída en el precio de su moneda para descontar ventajas comerciales a sus adversarios, porque la gravitación de su aparato productivo y la magnitud de su propio mercado hacen del dólar una moneda universal.

Por otro lado, la lógica de las transnacionales las lleva a emplear mano de obra más barata en el exterior, con lo que se acentúan las salidas de fondos de Estados Unidos, se acrecientan sus importaciones y se profundiza su dependencia formal en relación con el resto del mundo. En este nuevo orden económico internacional, que no es el tantas veces reclamado por los países subdesarrollados, la industrialización del Tercer Mundo no se realiza sobre la base de las necesidades de estas naciones, sino para la conveniencia de las corporaciones, que emprenden un avance industrial sobre la periferia con el exclusivo propósito de capitalizar la mano de obra barata. La internacionalización del capital ha puesto a su servicio las más graves manifestaciones del subdesarrollo.

En estas nuevas condiciones de la economía mundial no es posible evitar la inflación ni la expansión monetaria. Tampoco Estados Unidos ha podido eludir el crecimiento del déficit en su balanza de pagos ni el aumento de sus pasivos líquidos en poder de extranjeros, cuya magnitud era —a fines del tercer trimestre de 1977— de más de 170 000 millones de dólares, una cantidad que duplicaba holgadamente a la registrada en 1972.

La oferta de dólares en los mercados internacionales expresa la existencia de una enorme liquidez en dicha moneda en manos de extranjeros. Es también una forma que permite a Estados Unidos, mediante la compra que de esa oferta de moneda hacen los bancos centrales de Europa occidental y Japón, transferir el exceso de liquidez que los compradores no tienen más remedio que absorber, porque de lo contrario se desintegraría el sistema monetario internacional. Así, los perjuicios de la inflación estadounidense se exportan hacia otros países que no cuentan con el aparato productivo ni con la situación de predominio que tiene la economía estadounidense.

El gobierno de Carter pretendió que la República Federal de Alemania y Japón compartieran su política expansiva, esto es, que aumentaran sus importaciones provenientes de Estados Unidos y del resto del mundo. Ambos países resistieron aquellas presiones en las conferencias cumbres internacionales,⁴ pero la acumulación de dólares terminó por expandir la oferta monetaria, elevó los salarios y la tasa de inflación, y tanto en Japón como en la

4. Véase "Londres: sin novedad para el Tercer Mundo" y "La tercera reunión de los ricos", en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 5, México, mayo de 1977, pp. 519-522 y 580-582, respectivamente.

República Federal de Alemania empezaron a reducirse las ganancias y a debilitarse las inversiones.

Las consecuencias inflacionarias de la expansión estadounidense se trasladan al resto del mundo, al mismo tiempo que Estados Unidos y sus grandes empresas mantienen un elevado nivel de inversión y de actividad y recuperan parte de su antigua competitividad. Además, Estados Unidos cuenta en estos momentos con la estructura financiera y las alianzas internacionales como para acometer esta tarea.⁵ ¿Puede pensarse que exista algún motivo para que el propio Gobierno estadounidense rechace la estrategia marcada por la caída del dólar?

Sin duda, hay un límite para poner en práctica dicha política. Cuando haya aumentado excesivamente el endeudamiento del resto del mundo o hayan disminuido los saldos favorables en la balanza comercial de muchos países capitalistas industrializados, se contraerá la demanda e, incluso, podrá sobrevenir una nueva recesión. Empero, para ese entonces, ya Estados Unidos y sus corporaciones habrán superado la difícil etapa del ajuste económico al que dio lugar la depresión de 1974-1975.

La expansión monetaria estadounidense tiene por objeto reorganizar el aparato productivo de ese país para la nueva etapa. El problema reside en el elevado costo social que tendrá esa reorganización para el resto del mundo, sobre todo para los países subdesarrollados.

La expansión monetaria norteamericana lleva la inflación a Europa occidental y Japón; la consecuencia es la revaluación de sus monedas fuertes y la pérdida de su capacidad competitiva. Sin embargo, en el caso de las naciones subdesarrolladas cuyas monedas nacionales son subsidiarias del dólar, la depreciación de este último significa una depreciación de su propia moneda, que se agrega a las pérdidas de valor que las monedas nacionales tienen periódicamente con respecto al dólar, y que deterioran el poder adquisitivo de los salarios y de los respectivos mercados internos.

En resumidas cuentas, Estados Unidos puede darse el lujo de tener déficit externo y enjugarlo con endeudamiento e inflación, porque los dólares emitidos y después ofrecidos en los mercados de cambios van a parar a otros países.

Empero, en el resto del mundo, ese proceso desarrolla la inflación, desequilibra las cuentas externas y profundiza las crisis sociales, aunque sus consecuencias para la periferia son infinitamente más graves, desde el punto de vista básico de la supervivencia, que para los países capitalistas industrializados competidores de Estados Unidos.

Por todas estas razones, el examen del porvenir del dólar estadounidense no puede separarse de una discusión sobre el reordenamiento económico y financiero mundial, que de ninguna manera podrá ser el que se está imponiendo en la actualidad. Este, en efecto, no es más que la internacionalización del capital en función de los intereses de los monopolios más grandes. La discusión del nuevo orden económico y financiero mundial no tendrá sentido si en la comunidad económica internacional no prospera una actitud de mayor democracia, de tal manera que —en la hora de las soluciones— se escuche también la voz de los más perjudicados y se atiendan sus justas demandas.□

5. Véase "Petróleo: antes y después de la reunión de Qatar", "El dólar, tormenta monetaria semifabricada" y "¿Reordenamiento del poder en el FMI?", en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 1, México, enero de 1977, pp. 88-96, núm. 8, agosto de 1977, pp. 973-976 y núm. 10, pp. 1151-1155 y "Petromoney: some longer-term effects of the oil crisis", en *International Currency Review*, Londres, vol. 9, núm. 1, marzo de 1977.